



Fotografía: Marianela Nuñez.

Economía social para la vida

Desafíos a la educación

María Arcelia Gonzáles Butrón

Facultad de Economía "Vasco de Quiroga", Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo | Morelia, México
gbutron6@yahoo.com.mx

Presentación

Las economías alternativas, entre ellas la economía social, solidaria, la economía para la vida, la economía ecológica y la economía feminista, tienen en común una visión de un mundo post-capitalista en la que *la reproducción de la vida constituye el objetivo central de la economía y la solidaridad humana, el elemento de articulación*. Por esto consideramos imprescindible avanzar no sólo en un diálogo entre estas otras economías que produzca enriquecimiento, articulaciones conceptuales y fortalecimiento de prácticas que den razón de este sentido y horizonte socioeconómico y político, sino también, enfrentar los desafíos educativos que de estas concepciones y prácticas se derivan.

Otra Economía y Otra Educación son posibles

La Economía Social (ES) que existe no sólo como propuesta, sino materializada en un sinnúmero de experiencias en América Latina y en el mundo, se inscribe en la convicción de que *otra economía es posible*, como bien se expresa, defiende y fortalece año con año en el Foro Social Mundial. *Otra economía* alternativa al modelo capitalista, una propuesta de cambio estructural profundo que pone en el centro de toda organización económica la *vida* de las personas y del planeta.

La ES se nutre principalmente de diversas experiencias económicas solidarias desarrolladas desde los sectores populares y grupos sociales ante el



Fotografía: Gaelx (www.flickr.com/photos/gaelx/). Acampada del Sol, Madrid.

crecimiento de la pobreza, la exclusión y el continuo deterioro de las condiciones de vida para las mayorías, especialmente en las últimas tres décadas; a estos esfuerzos se han venido sumando espacios académicos y no académicos formales que acompañan con reflexión teórica y debate político la diversidad de procesos en marcha.

De esta diversidad, y por las características de este texto, sólo destacaremos brevemente cinco vertientes latinoamericanas de aportes a lo que estamos llamando “economía social para la vida”, a) la “economía popular de solidaridad” sistematizada por Luis Razeto; b) la “economía social centrada en el trabajo”, contribución de José Luis Coraggio; c) “la economía para la vida”, aporte muy significativo de Franz Hinkelammert y Henry Mora; d) la “economía feminista”, desde una perspectiva trabajada por Natalia Quiroga y la autora de estas líneas; y e) la “economía ecológica”, desde las reflexiones de David

Barkin. En la sección de lecturas sugeridas de este artículo se presentan algunas de las obras de estos autores que recomendamos consultar; algunas de ellas de acceso libre por Internet.

Si bien habría matices y aportes particulares que destacar en cada caso, elegimos compartir algunas reflexiones en torno a principios de racionalidad económica y de política que aportan estas vertientes y que desde nuestro punto de vista confluyen en una misma intención.

Economía popular de solidaridad

Plantea que no toda la economía popular es economía solidaria, ni toda la economía solidaria es parte de la economía popular, pues hay expresiones solidarias en otros niveles sociales y en organizaciones y actividades económicas no populares, como por ejemplo, las formas cooperativas autogestionadas, entre otras. Esta economía incluye: a) microempresas y pequeños talleres y negocios; b) organizaciones económicas populares; c) iniciativas individuales no establecidas e informales; d) soluciones asistenciales e inserción en sistemas de beneficencia pública o privada.

Un aspecto importante a destacar desde la *economía popular de solidaridad* es el aporte que hace y puede hacer para superar la pobreza, porque desarrolla la capacidad de los/as propios/as pobres para satisfacer sus necesidades. Un valor muy rescatable es justamente éste, pues se considera que la construcción de un mejor mañana, de un mejor futuro, se basa no sólo en la satisfacción de necesidades inmediatas o en la adquisición de bienes materiales, sino en el desarrollo y acumulación de poder, entendido como el desarrollo de capacidades y habilidades propias, y de recursos para el relacionamiento, la comunicación y el ejercicio de la participación de manera activa en la construcción y destino de la persona y de su entorno. La educación juega un papel fundamental en el desarrollo de capacidades, habilidades y criterios para el discernimiento en torno a la atención a las necesidades humanas fundamentales, mismas que están lejos de una visión mercantilizada de los satisfactores y bienes necesarios para la vida.

Se denomina economía de solidaridad a un modo especial de hacer economía —de producir, de distribuir los recursos y los bienes, de consumir y de desarrollarse— que presenta un conjunto de características que se consideran alternativas respecto de los modos económicos capitalista y estatista predominantes. Se trata de un modo de hacer economía que implica comportamientos sociales y personales nuevos, tanto en el plano de la organización de la producción y de las empresas, como de los sistemas de asignación de recursos y distribución de los bienes y servicios producidos, y en los procedimientos y mecanismos del consumo y la acumulación.

En la economía convencional de mercado normalmente se habla de dos factores económicos básicos: capital y trabajo; pero en la economía popular de solidaridad hay un factor que Luis Razeto ha llamado “factor C”: **cooperación, comunidad, compañerismo, coordinación**, cuya acción conjunta, incorporada a la economía de solidaridad, tiene efectos muy importantes en sus resultados concretos.

En la *producción*, el “factor C” se manifiesta en la cooperación en el trabajo que acrecienta la eficiencia de la fuerza laboral; en el uso compartido de conocimientos e informaciones que da lugar a un importante elemento de creatividad social; en la adopción colectiva de las decisiones; en una mejor integración funcional de los distintos componentes sociales de la empresa u otra forma de organización económica que reduce la conflictividad y los costos que de ésta derivan; en la satisfacción de necesidades de convivencia y participación, que implica que la operación de la unidad productiva proporciona a sus integrantes una serie de beneficios adicionales no contabilizados monetariamente pero reales y efectivos; en el desarrollo personal de los sujetos involucrados en las empresas, derivado de la comunicación e intercambio entre personalidades distintas, etcétera.

Consideramos que la educación de hoy debe sumarse a la formación de sujetos que asuman y desarrollen este “factor C”, lo que implica, ciertamente, un proceso de re-educación en la solidaridad. Las experiencias muestran que esto lleva a que la formación de un grupo, asociación o comunidad, que

opera cooperativa y cordialmente, proporciona un conjunto de beneficios a cada integrante y un mejor rendimiento y eficiencia a la unidad económica como un todo, debido a una serie de economías de escala, economías de asociación y externalidades, implicadas en la acción comunal y comunitaria.

Economía social centrada en el trabajo

Una economía social *centrada en el trabajo* y no en el capital, se entiende como un sistema de relaciones de producción, distribución y consumo orientado por la satisfacción de las necesidades de todos legitimadas democráticamente en cada situación histórica. No admite el principio de escasez como una condición natural, sino como una construcción política, y propone una redistribución fuerte de la riqueza y los medios de producción y no sólo de los ingresos.

Está centrada en la integración de todos los trabajadores y trabajadoras al conocimiento y la creación colectiva, privilegiando formas asociadas, cooperativas y solidarias, y una relación armónica con los ecosistemas. Los intercambios se realizan en mercados solidarios, regulados, de modo de lograr precios justos y no explotación. La administración del sector público y la normatividad son dirigidas por criterios definidos por la comunidad, de manera directa o a través de representantes legítimos que “mandan obedeciendo” según los deseos y acuerdos de esa comunidad. Sus valores, que tienen que ver con la educación, están arraigados en las mejores tradiciones de nuestros pueblos y en una ética universal de lo humano; sus criterios de eficiencia no están basados en la ganancia y la acumulación sin límite, sino en la reproducción ampliada de la vida. Sus formas de propiedad y apropiación son múltiples y la responsabilidad social en el uso de recursos está regida por normas morales y penalizaciones sociales consensadas.

Pasar de la *reproducción del capital* a la *reproducción de la vida* (en el marco de una perspectiva alternativa: de la economía popular a la economía del trabajo), según Coraggio, es una propuesta que parte de cuestionar la categoría central de *acumulación*

de capital para interpretar los fenómenos económicos locales y para pensar las vías de desarrollo a mayores escalas. Teórica y prácticamente, es necesario que surja otro sentido alternativo para la sociedad humana, con una fuerza comparable y capaz de encarnarse de manera masiva en imaginarios y estructuras económicas. Para ello debe tener no sólo plausibilidad y conectarse con los deseos de la ciudadanía, sino incorporarse en las prácticas fundamentales con un alto grado de automatismo —como ocurre con la acumulación de capital— y ser dialéctico, de modo que el avance en su realización lleve a nuevas tensiones que induzcan nuevos desarrollos. Esa categoría puede ser la de *reproducción ampliada de la vida humana*.

Poner en el centro la reproducción ampliada de la vida humana no supone negar la acumulación sino subordinarla a la reproducción de la vida, estableciendo otro tipo de unidad entre la producción (como medio) y la reproducción (como sentido). Desde un punto de vista teórico, esto implica modelos (no economicistas) que consideren otra relación jerárquica entre los equilibrios necesarios para la vida. Aunque debe atenderse a los equilibrios macroeconómicos, no se los pone por encima de los equilibrios psicosociales que requiere la vida humana, de los equilibrios sociales que faciliten la convivencia en paz de la humanidad, ni de los equilibrios naturales, el respeto de todos los cuales haría sustentable el desarrollo de la vida social en este planeta. Supone asimismo asumir como contradicción dinámica la contraposición entre la lógica de la reproducción del capital y la lógica de reproducción de la vida humana. Finalmente implica ver en el conjunto de trabajadoras y trabajadores —que pueden existir dentro o fuera de relaciones capitalistas inmediatas—, la base social del sujeto histórico de ese desarrollo sustentable.

Economía para la vida

Una *economía para la vida* supone una recuperación radical del sujeto y de la subjetividad que cuestione, en el plano del pensamiento, el objetivismo de la tradición positivista tan enraizado en nuestra sociedad

“moderna”. Al reducir a la persona humana a individuo propietario y calculador de sus utilidades, el mercado totalizado suprime el otro polo de esta persona humana, que es el *sujeto*. En cuanto sujeto, el ser humano enfrenta un entorno de competitividad compulsiva y vive interpelando al dominador y posesivo, que no puede vivir si el otro no vive también.

La vida no se puede afirmar si no es afirmándose a la vez ante la muerte. Y cuando se habla de “vida” se refiere a la vida real de los seres humanos reales; por tanto una *economía para la vida* se ocupa de las condiciones que hacen posible esta vida a partir del hecho de que el ser humano es un ser natural, corporal, necesitado. Se ocupa, entonces, de las *condiciones materiales* (biofísicas y socio-institucionales) que hacen posible y sostenible la vida a partir de la satisfacción de las necesidades, el goce de todos y todas, y por tanto, el acceso a *valores de uso* que hacen posible esta satisfacción y este goce.

Desde este punto de vista, la economía debe tomar en cuenta el carácter multidimensional de la vida humana y analizarla en función de las condiciones de posibilidad de esta vida humana a partir de la reproducción y el desarrollo de las dos fuentes originales de toda riqueza: el *ser humano* en cuanto sujeto y la *naturaleza* externa. La corporalidad es, por tanto, un concepto clave de una *economía para la vida*, pero no se trata solamente de una corporalidad individual, sino de la corporalidad del *sujeto en comunidad*. La comunidad tiene siempre una base y una dimensión corporal. Se trata del nexo corporal entre los seres humanos, y de éstos con la naturaleza.

Economía feminista

Esta propuesta está vinculada, en sus inicios, con las luchas específicas de los movimientos de mujeres y feministas, que cuestionaban el androcentrismo de las sociedades occidentales y que dieron lugar, en 1975, a que la Organización de las Naciones Unidas iniciara en México, no sólo el primer *Año Internacional de la Mujer* sino también la primera *Década de la Mujer (1975-1985)*, lo cual contribuyó a impulsar el reconocimiento del papel distintivo de la



Fotografía: Erik Sanchez.

mujer en la sociedad y la necesidad de que la ciencia económica fuera interpelada a partir de las visiones teóricas y las prácticas de las mujeres, así como de las relaciones de género.

Vale precisar que, en las ciencias sociales se entiende la categoría género como la simbolización o construcción socio-cultural que alude a la *relación entre los sexos*; el problema central de las mujeres en la sociedad no es un problema de biología, sino del *lugar social* que, como género, ocupan; es decir, con la categoría género nos referimos básicamente a las *relaciones sociales* entre los sexos.

En el horizonte de una economía que tenga como sentido la reproducción ampliada de todas y todos se hace indispensable romper con la base material-cultural del capitalismo, es decir, con el patriarcado. En la relación entre capitalismo y patriarcado, *tanto hombres como mujeres* son víctimas de un sistema que elabora representaciones culturales acerca de lo femenino y lo masculino para asegurar la continuidad de una sociedad jerárquica y desigual en lo simbólico y en lo material.

En la literatura sobre el género hay acuerdo en que el patriarcado es un sistema más antiguo que la propia sociedad occidental y que asume formas específicas en el capitalismo. La división social del trabajo entre hombres y mujeres tuvo un carácter fundante de las sociedades humanas y es incluso anterior a la propiedad privada. Originalmente esta división se basó en las características biológicas de los hombres y las mujeres, pero conforme la organización social fue complejizándose y la propiedad

privada se fue convirtiendo en el eje de la economía, esa división originaria del trabajo se fue convirtiendo en desigualdad, discriminación y exclusión. En esta desigualdad se ha basado la asignación de los recursos, que en la economía capitalista se ha traducido en una especialización del trabajo entre lo público (lo productivo) para los hombres y lo privado (reproductivo) para las mujeres.

Esa visión que establece una separación tajante entre la esfera pública (donde se actúa movido por la búsqueda del máximo placer individual sin tener ningún otro elemento en cuenta), y la privada (donde la mujer debe garantizar el desarrollo familiar armónico y libre de conflicto) ha impedido entender el verdadero funcionamiento de la economía; en ella lo productivo y lo reproductivo se encuentran cotidianamente integrados y estas polaridades no se verifican, dado que el conflicto, la explotación, la cooperación y la solidaridad, entre muchos otros comportamientos, están presentes en los dos ámbitos.

Las economistas feministas han puesto de manifiesto que en la relación con el capitalismo las mujeres se encargan del cuidado de la vida humana y con este trabajo garantizan que la producción de mercancías se haga posible. El que las mujeres hagan este trabajo sin remuneración favorece que el salario que pagan los capitalistas evada los costos de la reproducción de la fuerza de trabajo; es así que una parte de la actividad realizada en el hogar sería no el momento final del disfrute del consumo, sino una condición de existencia del sistema económico.

Se trata entonces de reconocer que *existen tiempos de reproducción y de regeneración* que han sido invisibilizados por el tiempo-dinero porque se desarrollan en un contexto distinto del mercantil y, por tanto, no pueden ser evaluados mediante criterios de mercado.

Una educación integral tiene que considerar la complejidad de la vida diaria, los distintos tiempos que la configuran, las relaciones entre unos y otros, y las tensiones que se generan, para intentar gestionarla en su globalidad, teniendo como objetivo fundamental la vida humana.

La economía ecológica

Aunque la economía ecológica moderna todavía no ofrece un claro consenso sobre su contenido y sus metodologías, sus practicantes están comprometidos con la búsqueda de caminos para contribuir a superar los diversos obstáculos para la construcción de una sociedad más justa y mejor posicionada para caminar hacia la sustentabilidad.

La economía ecológica ofrece principios éticos y metodológicos mínimos para un análisis diferente de los problemas examinados por otros economistas. Estos principios incluyen los éticos: *equidad intergeneracional, justicia social y gestión sustentable*; y los metodológicos: *la multidisciplinariedad, el pluralismo metodológico y la apertura histórica*.

Los economistas ortodoxos reconocen los problemas del abuso del sistema natural por el productivo. Aunque muchos aceptan que sus soluciones llevan a remedios inadecuados, no encuentran otra forma de abordar el conflicto más que incorporando, al proceso de producción, cálculos del costo de la degradación ambiental y del consumo de los recursos naturales más cercanos a los daños efectivos que la producción ocasiona a la sociedad y al planeta.

Esta línea de pensamiento es apoyada por otra, fincada en el optimismo tecnológico, que asevera que el uso de recursos no-renovables (y aun los renovables) a ritmos que amenazan con la continuidad del sistema actual de producción y consumo no debe preocuparnos, porque la humanidad siempre ha contado con la creatividad necesaria para suplir los recursos consumidos, así como las especies y ecosistemas destruidos.

La economía ecológica aboga por lo que llama la sustentabilidad "dura", que propone estrictos límites en los consumos para recuperar ecosistemas deteriorados y detener el agotamiento de los recursos naturales. Para avanzar en esta dirección, sus adeptos insisten en nuevos enfoques y metodologías para imponer estrictos controles sobre la destrucción de la naturaleza y el consumo de sus recursos. Consideran que los mercados no pueden responder de manera adecuada para proteger estos recursos, ya que el desigual reparto del ingreso y del poder

deja en manos de los ricos la decisión de cómo y dónde proteger, descubriendo a los pobres (quienes han sufrido de siglos de destrucción, expoliación y explotación), produciendo las hirientes brechas que caracterizan al mundo contemporáneo.

La economía ecológica, entonces, tiene implícito en sus metodologías un modelo de comportamiento social que rechaza la idea de un mundo homogéneo que progresa en una sola dirección hacia la urbanización y la industrialización. No sólo reconoce y pretende fortalecer la inmensa diversidad productiva y tecnológica que ha perdurado a pesar de las presiones homogenizadoras de la economía mundial; también replantea una forma de democracia participativa, y con ello fomenta nuevos mecanismos para colaborar con los grupos sociales que luchan por defender estas diversidades e impulsan las iniciativas locales para ampliar las oportunidades, defender los recursos y revertir los procesos de destrucción.

Recomendaciones para la acción

Es claro que las vertientes que hemos expuesto presentan cambios fundamentales en la manera de analizar el sistema actual y en la manera de situarnos frente a él. Armar alternativas desde las críticas y las propuestas de las vertientes de esta "otra economía" que hemos esbozado parte en primer lugar por desaprender la manera como nos situamos frente al sistema, frente a la naturaleza y frente a los demás seres humanos. Y en este sentido, desaprender significa ver con otros ojos, con ojos críticos, con ojos de futuro, el desfiladero al que nos está guiando el capitalismo actual. No necesitamos recordar aquí el sufrimiento humano que causan la pobreza, las migraciones, las guerras, los desplazamientos, las catástrofes naturales.

Se intentan, es cierto, muchos paliativos a ese sufrimiento, desde programas gubernamentales de desarrollo social hasta acciones de asistencia de organizaciones filantrópicas. Pero, sin ánimo de demeritar estas iniciativas, es evidente que la solución no va por ahí.

El sistema capitalista está haciendo agua por todas partes y nos toca a todos educarnos para construir las alternativas. No es el ánimo catastrofista lo que nos mueve a esta afirmación: no sólo los pobres, desposeídos y desplazados gritan, sino también sectores de trabajadores y medios de los países desarrollados que enfrentan, como todos, un futuro sin futuro. Su voz se ha hecho escuchar en muchas ciudades europeas y norteamericanas a través de sus “acampadas” y sus “tomas”. Son movimientos que cuestionan la educación, la economía y la política de sus países y exigen un cambio de brújula.

Desaprender los valores individualistas y competitivos del actual sistema, y aprender a construir en colectivo poniendo en el centro las necesidades de todos y todas no es fácil, pero contamos ya con una cantidad muy significativa de experiencias que demuestran que se puede producir, distribuir y comercializar desde esos valores.

Es una tarea para las escuelas y, en general, para la educación formal y no formal, pero también es una tarea que ya se está llevando a cabo en los movimientos sociales, en las cooperativas, en las redes de comercio justo... El potencial educativo de la participación es enorme.

Debemos tener claro que la alternativa no vendrá desde arriba, sino que la tendremos que construir en relaciones horizontales de respeto a las diferencias, desarrollando nuestras capacidades para resolver los conflictos y luchando por la equidad.

Lecturas sugeridas

CORAGGIO, JOSÉ LUIS (2007), *Economía social, acción pública y política. (Hay vida después del neoliberalismo)*, Buenos Aires, Editorial CICCUS.

CORAGGIO, JOSÉ LUIS (2004), *La gente o el capital. Desarrollo local y economía del trabajo*, Quito, Centro de Investigaciones Ciudad/ILDIS-FES/Ediciones Abya-Ayala.

<http://www.ciudad.org.ec/custom/publicaciones/19/LA%20GENTE%20Y%20EL.pdf>

GONZÁLES BUTRÓN, MARÍA ARCELIA Y NATALIA QUIROGA DÍAZ (2009), “Las economías heterodoxas y la economía feminista en la construcción de otros mundos posibles”, *Revista Realidad Económica*, núm. 26, diciembre, Morelia, Facultad de Economía “Vasco de Quiroga”, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

GONZÁLES BUTRÓN, MARÍA ARCELIA Y DAVID BARKIN (2008), “Otra economía posible. Propuestas teóricas en construcción en América Latina y el Caribe frente a la economía de mercado”, *Revista Pasos*, núm. 139, septiembre-octubre, San José, Costa Rica, Ediciones DEI, pp. 21-34.

HINKELAMMERT, FRANZ J. Y HENRY MORA JIMÉNEZ (2005), *Hacia una economía para la vida*, San José, Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI).

QUIROGA, NATALIA (2009), “Economías feminista, social y solidaria. Respuestas heterodoxas a la crisis de reproducción en América Latina”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 33, enero, Quito, Flacso Ecuador.

<http://www.flacso.org.ec/docs/i33quiroga.pdf>

RAZETO M., LUIS (1993), *De la economía popular a la economía de solidaridad en un proyecto de desarrollo alternativo*, México, IMDOSOC, col. Diálogos y autocrítica, núm. 34.

<http://www.luisrazeto.net/content/de-la-econom%C3%ADa-popular-la-econom%C3%ADa-de-solidaridad-en-un-proyecto-de-desarrollo-alternativo>